

## Prefacio

Mi reflexión sobre el tema de este libro comenzó mientras buscaba trabajo. Las firmas de mi diploma de doctorado apenas se habían secado, y ahí estaba yo, escribiendo cartas de solicitud para acceder a cátedras. Cuando empecé a escribir, comencé a pensar en lo que quería para mis alumnos. ¿Cómo quería que fuera el proceso educativo para ellos? ¿Qué hacer para brindar una educación completa? Sabía que algún día pronto, un estudiante miraría hacia el frente del aula, y mirándome a los ojos me preguntaría: «¿Por qué estamos aquí? ¿Para qué sirve la universidad?». Quería tener una buena respuesta.

La redacción de las cartas de solicitud me llevó a plantearme preguntas más generales, preguntas relevantes no solo para mis alumnos, sino para todo el mundo. ¿Qué significa realmente ser educado? ¿Cuáles son las cualidades de un buen pensador? ¿Qué significa tener una mente excelente?

Tal vez, pensé, se requieran muchos conocimientos. Hay ciertas cosas que una persona educada debe saber. Los elementos básicos de las teorías de las ciencias duras. Algunas frases de Shakespeare o Dostoievski. Quizá algo de pensamiento político y un poco de economía. Y así sucesivamente. Pero tras una pequeña

reflexión, me di cuenta de que los conocimientos no eran suficientes. Para empezar, dadas las limitaciones humanas, mis alumnos seguramente olvidarían gran parte de lo aprendido en mis clases. Además, aunque retuvieran bastantes conocimientos, esto no garantizaría que comprendieran cómo encajan entre sí. Podrían saber mucho, pero no ver las conexiones lógicas entre sus ideas. Esto podría dejarles sin una visión coherente del mundo. Además, el mero hecho de saber mucho no necesariamente mantendría a mis alumnos alejados de un razonamiento erróneo.

Así que, además de conocimientos, mis alumnos necesitarían *habilidades* de lógica y pensamiento crítico. Esta añadidura haría que el paquete educativo fuera más completo, al menos en mi opinión. Pero con el tiempo quedó claro que los conocimientos y las habilidades, incluso estando juntos, no eran suficientes. Los pensadores que las poseen pueden utilizar su perspicacia para intimidar a otros, para enmascarar argumentos pobres con una retórica hábil, o simplemente para aparentar inteligencia. Además, los pensadores que se centran únicamente en los conocimientos y las habilidades pueden aprender solo lo que necesitan para «salir adelante», es decir, para aprobar un examen, obtener una buena nota o recibir un título. Por muy valiosas que sean estas cosas, no quería que mis clases produjeran un montón de mercenarios académicos.

Quería que mis alumnos se preocuparan profundamente por la verdad, el saber y la comprensión, y que lo hicieran por algo más que por sus beneficios prácticos. Quería que se comprometieran con un esfuerzo permanente por adquirir, conservar, y compartir el saber. Y que fuesen el tipo de personas que hacen estas cosas constantemente, como expresión de lo que *son*. Me convencí de que, para que mis alumnos tuvieran éxito en su educación, debían crecer en rasgos como la curiosidad, la rigurosidad, la humildad intelectual, la valentía intelectual y la apertura mental.

Estos rasgos del carácter se denominan *virtudes intelectuales* y son importantes para mucho más que la educación. Son fundamentales para nuestro florecimiento integral, tanto individual como social. Cuando empecé a pensar seriamente en ellas, me di cuenta de que el lenguaje de la «virtud intelectual» me proporcionaba un tipo de vocabulario que me ayudaba a articular objetivos y a diagnosticar problemas en muchos ámbitos de la vida. Mi directora de tesis presidía bien las reuniones porque tenía *mentalidad abierta* y *firmeza intelectual*. El aumento del discurso incivilizado entre los sectores políticos de derecha e izquierda estaba marcado por la arrogancia —un fracaso en la *humildad intelectual*. Algunas personas parecían aplicar normas más estrictas a las opiniones de aquellos que estaban del otro lado del espectro político, que a sus propios puntos de vista: un fracaso en la *imparcialidad*. Ya entiendes. Y estoy seguro de que puedes pensar en tus propios ejemplos.

La vida es complicada. Por eso, en la búsqueda de las cosas que nos importan —incluyendo el éxito personal, las relaciones afectivas, y la ciudadanía responsable— se necesita pensar bien. Los fracasos en estas áreas suelen ser el resultado de no pensar con virtudes intelectuales. Por el contrario, el pensamiento virtuoso fomenta la vida con sentido, la escucha atenta, y la acción informada. Por lo tanto, las virtudes intelectuales están lejos de ser meramente académicas.

No he inventado el término *virtudes intelectuales*. El carácter intelectual ha sido un tema destacado en el debate académico durante más de tres décadas. Me complace invitar a los lectores a esta conversación y presentarles algunos de sus principales interlocutores. Aunque espero que los filósofos profesionales y otros académicos aprendan algo de este libro, lo he escrito principalmente para estudiantes y público en general. Sin sacrificar su legibilidad, he intentado que el libro sea lo más riguroso posible y que, sin comprometer su precisión, conserve su carácter ameno. Para fomentar

el estudio de las virtudes intelectuales más allá de este libro, he proporcionado sugerencias de lecturas adicionales al final de cada capítulo.

En mi propia reflexión sobre el carácter intelectual, estoy en deuda con Lorraine Code, James Montmarquet, Linda Zagzebski, Robert Roberts, Jay Wood, Jason Baehr, Heather Battaly y Ron Ritchhart, entre muchos otros. Estos pensadores han sido pioneros en un nuevo enfoque de la reflexión sobre el conocimiento y la educación que otorga un papel fundamental a las virtudes intelectuales. Ellos han producido numerosos trabajos que tratan con lucidez la pregunta que me formulé en nombre de mis alumnos hace tantos años: ¿qué es tener una mente excelente? El objetivo principal de este libro es abordar esta cuestión mediante el análisis de las virtudes intelectuales; considerar qué son, por qué son importantes y cómo podemos crecer en ellas.

### **Ejercicio inicial**

Haz un inventario de tu propio vocabulario acerca del buen pensar. Saca una hoja y con tus propias palabras, responde a las siguientes preguntas. ¿Qué significa tener una mente excelente? ¿Qué rasgos debe poseer el pensador excelente? ¿Cuáles son los rasgos de un pensador realmente malo? Enumera todos los rasgos que puedas.